

	MES	TRIMESTRE
Madrid.....	10 rs.	30
Provincias.....	12	34
Extranjero.....	24	70
En las Antillas.....	"	90
Filipinas.....	"	100
Número suelto, una real.		

Se insertan anuncios á razón de 25 céntimos línea á precios convencionales según las circunstancias de los mismos. También se admiten remitos y comisionados á precios igualmente convencionales. El Eco de España se publicará todos los días á excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO

AÑO IV.

MADRID.—Viernes 5 de Setiembre de 1873.

NÚM. 1.086

CRONICA PARLAMENTARIA

Ayer se puso á discusión el voto particular del Sr. Navarrete contrario al restablecimiento de la pena de muerte por delitos militares. La peroración del ex-oficial de artillería fué lógica si se atiende á que después de haber los republicanos insurreccionado al ejército piden ahora la aplicación de la pena de muerte para los que han secundado los planes inspirados por ellos mismos.

Esto decía el Sr. Navarrete y á fé que el argumento no tiene vuelta de hoja y con razón tachaba de inconsecuentes á los que restablecen el imperio de la ley cuando la creen salvadora para la república, así como ántes fomentaron la insurrección por creerla provechosa á los intereses de su partido.

Hombres que así juzgan y de esta manera obran, no podrán jamás hacer nada beneficioso al país, porque para ellos, ántes que la patria, por encima de la sociedad y del orden, está la república. Para estos hombres ¿qué importa que se pierda todo si la república se salva?

Pero si hemos dado la razón al Sr. Navarrete cuando acusaba de inconsecuencia á sus compañeros, no podemos dársele cuando dice que los jefes que piden hoy la disciplina esplotan este sentimiento para clavar el puñal á la república. No en verdad. La república muere al restablecer la disciplina porque las ideas de orden son para ella un veneno activo; pero muere también si no la restablece, y en este caso muere violentamente. De modo que á la república le queda el arbitrio de elegir el género de muerte que más le convenga.

Hay presentimientos fatales, y el que acabamos de enunciar lo abrigaba sin duda el Sr. Navarrete cuando expresó ayer tarde que según su corazón le dicta, no tardaría en morir la república sepultada bajo el pesado sudario de los errores cometidos.

El Sr. Benítez de Lugo, nuevo soldado de la izquierda, apoyó con su palabra los argumentos del Sr. Navarrete, añadiendo que muchos de los que en la anterior legislatura apoyaban la abolición de la pena de muerte, en la ocasión presente se habían unido á la mayoría.

Defendiendo el Sr. Orense el dictamen de la comisión, recordó una cita del Sr. Benítez de Lugo referente al Gran Capitán. En estilo de buen humor, como decía el Sr. Olave, dirigió el Sr. Orense algunas alusiones enojadas á los coroneles de enfrente á quienes veía, pero no á los grandes capitanes del Sr. Benítez de Lugo.

Creyéndonos aludido el Sr. Olave, se disgustó en extremo por una chanzoneta sin importancia, promoviéndose un desagradable incidente, para el que á nuestro juicio no había motivo, dado lo que se permite siempre cuando se combate en la arena parlamentaria.

El coronel Sr. Lafuente (D. Romualdo), defendió también á los coroneles de enfrente, así como el Sr. Verdugo, que según creemos pertenecen á la misma clase militar.

Sin embargo, este señor coronel y diputado se expresó con bastante dureza contra los militares reunidos anteayer en Capellanes, á quienes calificó de «malos oficiales», promoviéndose un tumulto en el salón y dando lugar á que el Sr. Orense reclamase que se escribiesen aquellas palabras.

Por fortuna todo se calmó gracias á las explicaciones del Sr. Verdugo, en las que dijo que su calificación se refería á los oficiales que han soltado la cadena del presidio para venir á las filas del ejército.

Por fin, á nombre del Gobierno terció el señor Carvajal en el debate, diciendo cosas que ciertamente causaba asombro al oír. Soslayó el ministro malagueño que el Gobierno no ha-

bia dicho todavía una palabra en favor de en contra del proyecto que se discutía porque no era favorable á él; pero que ántes que los principios políticos está la patria y que era preciso unir á todos los partidos liberales para salvarla.

Por fin ha descubierto la incógnita un ministro. Sepa el país que el Gobierno no quiere restablecer las Ordenanzas; pero que las circunstancias se sobreponen á su voluntad y por esto accede á que se discuta y vote el proyecto de ley que nos ocupa.

¿Con qué fé defenderá el Gobierno la aplicación de las ordenanzas? ¿Con qué entereza se aplicará la ley? ¿Con qué energía se combatirá á los que se opongan al restablecimiento del orden?

Cuando un Gobierno cree que la opinión está en desacuerdo con sus principios políticos, se retira y cede su puesto á otro Gobierno, cuyas ideas estén de acuerdo con la pública opinión. Esto es lo regular, lo político y lo patriótico.

SESION SECRETA

Para resolver la crisis, el Sr. Castelar, con su doble carácter de presidente de la Cámara y de candidato para serlo del poder ejecutivo, acordó ayer reunir hoy á la mayoría. La *Correspondencia* dice que hoy á las diez habrá sesión secreta, subrayando estas palabras, que indican que no es una reunión de la mayoría, como anuncian otros periódicos, sino una sesión que celebra la Cámara, aunque con el carácter de secreta.

El asunto no es indiferente. Antes por el contrario es de la mayor importancia. Una reunión de la mayoría pudiera haber tenido por resultado la cohesión, aunque por corto tiempo, de los diputados de la derecha, ó para hablar más exactamente, de la mayoría de la Cámara; pudiera haber salido de ella la solución de la crisis en la forma en que se ha anunciado y que hasta lo presente parece lo más probable; pudiera haber ocurrido para apretar los relajados vínculos de unión entre esa misma mayoría y entre ella y los que han de constituir el nuevo Gobierno.

Una sesión se trata, es decir, una sesión á la cual pueden concurrir todos los diputados de las distintas fracciones de la Cámara no puede dar por resultado más que la confusión y el enredamiento de las posiciones y como consecuencia, la mayor dificultad para la resolución de la crisis. En esa sesión se tratarán cuestiones de conducta pasada y futura y cuestiones de personas, y esto sin que se pueda evitar en manera alguna.

En esa sesión, por serlo, tiene que regir el reglamento y no cabe la dirección discrecional que en una simple reunión puede darse á los debates. Se espera que hable el Sr. Castelar y que convenza á la mayoría y al centro; más también puede hablar el Sr. Pi y convencer á la izquierda, al centro y á una parte de la derecha, que no se muestra muy decidida por el Sr. Castelar, siendo de ello buena prueba la circunstancia de que el mismo Sr. Castelar se propone convencerla y atraerla, señal cierta de que no está convencida ni la tiene consigo. Puede, pues, calcularse lo que habrá de salir de esa sesión y si hay alguna probabilidad de que en ella se resuelvan satisfactoriamente las dificultades que origina la crisis y se preparen las cosas para que la sesión pública en que ha de tratarse del asunto sea tranquila y sin asomo alguno de tumulto.

¿Lo ven los fieros republicanos? ¿Lo ven los que en tiempos de la monarquía hablaban de camarillas y de que las crisis se resolvían detrás de las cortinas? ¿Ven como ahora también hay que preparar su resolución detrás de la cortina? Porque esa sesión secreta, á la cual no se permite concurrir al público, no es más que

la conferencia que el soberano, ó sea la Cámara, celebra detrás de la cortina para arreglar lo que después ha de aparecer en público: es un arreglo á la usanza de los que suponen los demócratas que se verificaban en palacio: así como en el real alcázar no entraba el público en tales ocasiones y todo se arreglaba, según los demócratas, por las intrigas de la camarilla; así ahora encerrándose el nuevo soberano, ó sea la Cámara, detrás de sus *portiers* y cortinas, arregla el asunto á su gusto y conveniencia, para dar después al público el resultado de sus acuerdos y secretas resoluciones.

La crisis debió resolverse ayer mismo, y ayer se habría resuelto si la situación hubiese sido clara y bien definida: cuando se creyó que se iba á tratar del asunto se levantó la sesión, quedando sobre la mesa las dimisiones del señor Salmerón y compañeros de ministerio. Se quería ganar tiempo, y muy bien pudiera suceder que se hubiese perdido. Si ayer se hubiese resuelto, es lo más probable que hubiera triunfado el Sr. Castelar. Desde ayer tarde, y durante toda la noche, habrán trabajado mucho él y sus amigos, mas no se habrán descuidado el Sr. Pi y los suyos.

Se trata de una cuestión muy superior á la de personas; de una cuestión decisiva para el porvenir de la república y no todos estarán conformes en el conjunto y por menores; no todos estarán conformes en dejar solo al Sr. Salmerón en la defensa de las teorías republicanas acerca de la pena de muerte; no todos estarán conformes en abandonar la república al Sr. Castelar, no muy firme en sus convicciones y constantemente impresionado por los sucesos del momento; no todos, en fin, creerán que es el llamado á dominar los acontecimientos, cuya gravedad exigirá otras y muy distintas condiciones que las reconocidas en el actual presidente de las Cortes.

Está todo pendiente de un cabello y el resultado de la votación de ayer acerca de la enmienda del Sr. Navarrete prueba que lo mismo puede inclinarse la balanza á uno que á otro lado. La sesión secreta, que habiendo sido reunión, pudiera haber preparado una solución, puede muy bien producir otra no sólo distinta sino contraria. Si se de-hace la combinación Castelar, se presentará la combinación Pi y, ¿que bueno fuera que mañana fuesen llamados por telegrama los ministros de la Carta, ena, para instalarse en los ministerios de Madrid!

LA REPUBLICA ANTE EL PAIS

Cumpliendo los órganos ministeriales con los deberes que les impone su fidelidad al orden de cosas establecido, hacen esfuerzos para ocultar lo que todo el mundo ve y aprecia del mismo modo, asegurando que no hay crisis promovida por la resuelta actitud del ejército reclamando el cumplimiento de la Ordenanza militar.

Y sin embargo, no sólo existe crisis ministerial, sino que está en crisis también la república, el ejército, el orden y la sociedad. Ayer dedicamos un artículo á demostrar estas verdades que solo los míopes ó los interesados en la explotación federal pueden negar.

En el Norte los carlistas tienen en jaque á la república y en mil puntos diferentes los cantones amenazan el orden y la sociedad, al paso que la debilidad del Gobierno compromete á la vez la existencia de la república, de la sociedad y del orden.

A qué demostrar, pues, lo que se traduce en hechos que son del dominio público?

Pero no sólo podemos afirmar que el sistema republicano es motivo perenne de perturbación social y política; adelantamos más allá, y es que mientras subsista este régimen subsistirán también los peligros que rodean á la pa-

tria, peligros que la república es impotente para vencer, por llevar en sí misma el virus revolucionario, causa eficiente de las desgracias que deploramos.

El Gabinete Salmerón subió al poder desplegando una bandera simpática al país, la bandera del orden, base de la reconstitución política que había menester el país. Alguna parte de él creyó tal vez en la sinceridad de las promesas salmeronianas, y ha salido frustrado en sus legítimos deseos al convencerse de que los poderosos medios con que cuenta el Gobierno para cumplirlas consisten en huecas declamaciones desde el banco azul, que jamás se traducen en hechos, porque á ellos tiene horror el filósofo que preside los destinos de España.

La explosión del sentimiento público no se ha hecho esperar. La manifestación del ejército, altamente simpática á todas las clases conservadoras, es el medio de que se ha valido la opinión para fulminar una amenaza contra el Gobierno, á la par que un voto de censura por su debilidad é inercia.

Y no se diga que la actitud reciente del ejército sólo obedece al interés de una clase, no; pues, si así fuera, si el Gobierno no hubiese visto en frente más que un grupo de oficiales exigentes, no hubiera vacilado en dominar tan exigua oposición, y esta no hubiera podido nunca dar lugar á una crisis general en que van envueltos todos cuantos intereses se agitan hoy en el seno de la Nación.

La religión, la patria, el orden y la sociedad; todo cuanto constituye la suma de nuestros intereses más queridos están en lucha contra la república y por lo mismo siendo contrarios á ella ó han de sucumbir, trayendo á nuestra patria el caos y el embrutecimiento del materialismo más grosero, ó han de vencer en la contienda á la república, cada día más combatida por sus enemigos y más débilmente defendida por sus amigos de ayer, que va aumentando sensiblemente la cohorte de los desilusionados del día siguiente.

Es necesario, pues, dar su verdadero valor á la manifestación del ejército que acaba de verificarse. En ella ven todos los que no se hallan cegados por el espíritu de partido, la defensa de nuestras antiguas leyes militares, iniciada por el ejército que entraña en sí el espíritu de la reacción conservadora que se ha apoderado del país.

La república ha venido á derrocar al derecho antiguo hasta donde le ha sido posible, sustituyéndolo con las doctrinas modernas. El ensayo se ha verificado á ciencia y paciencia del país, el cual, después de haberlo presenciado impasible, viene á pronunciar un veredicto fatal contra lo que llaman los reformadores políticos: el derecho nuevo.

Este es el gran resultado que vemos surgir de una cuestión que muchos no aprecian sino por la corteza, sin duda por estar poco versados en ciertos resultados prácticos que la ciencia política ofrece tan palpables y tangibles como los mismos resultados físicos. Los que creen que la opinión sostenida por el ejército es un hecho aislado, olvidan que nada existe que no guarde estrecha relación con otros precedentes y consecuencias, y que en el orden político no existen ni pueden existir hechos aislados.

Tenemos, pues, al ejército reclamando la ley antigua, es decir, reivindicando el derecho consuetudinario, obediendo á la acción que sobre una parte del cuerpo social ejerce la opinión en favor de este mismo derecho en su totalidad. Si así no fuera, no hubiera acogido el país con aplauso la manifestación llevada á efecto por el elemento militar.

Otro error cometen los que creen que este movimiento de la opinión puede llevar á buen terreno al gobierno republicano. Los sistemas políticos necesitan, para ser tales siste-

mas, tener puntos de partida y límites de los cuales no pueden salir sin desaparecer. ¿Cuáles son los principios del partido republicano? En el orden político el respeto al individuo llevado hasta la exageración, es decir, el individualismo sintetizado en los llamados derechos individuales; y en el orden social el colectivismo ó comunismo llevado hasta el extremo de anular al individuo en favor de la colectividad.

De ahí nacen dos fuerzas opuestas, que se combaten sin cesar. La república se ha propuesto crear un mito, un imposible, una sociedad mitad individualista y mitad comunista; una aberración que es tan imposible de realizar como la amalgama de dos sustancias antipáticas é insolubles.

Comprendiendo el país la locura que domina á los revolucionarios, el delirio que ofusca su inteligencia y que le arrastra al precipicio en pos de doctrinas y principios falsos y destructores, se resiste é invoca el derecho conocido, apreciado y observado de antiguo por todos y que se halla en relación directa con nuestras necesidades é intereses. Y al combatir al derecho nuevo y á las nuevas ideas, combate sin duda alguna á la forma de Gobierno que es su resultado.

Tal vez no todos se darán cuenta de esta fuerza que les impulsa á derrocar la causa creyendo solamente atacar los efectos; pero es evidente, y de ello se convencerán bien pronto, que como la razón natural y el sentido común lo demuestran, sin destruir la causa no se consigue extirpar los efectos.

Abandone el Sr. Salmerón el poder que en mal hora empuñó; ceda su puesto á Castelar, si así le place, ¿qué gana el país con este cambio? ¿Mejora en algo la quebrantada existencia de la república? Ni Salmerón, ni Castelar, ni todos los más reverentes adoradores del derecho nuevo podrán salvarlo del naufragio una vez que el país ha comprendido que estos principios políticos lo llevan á la ruina.

Los momentos de vida que le quedan á la república están medidos por el tiempo que necesita la opinión para desarrollar toda su fuerza de reacción, cuyo germen existe de atrás, y en estos últimos días le hemos visto tomar proporciones colosales; y téngase en cuenta que multiplicándose las fuerzas en razón de sí mismas y hecha ya la luz en el tenebroso poder que sigue el país, la de la reacción es tal que no ha de permitir un paso más á la república.

Retroceda, pues, la república, y sucumba; avance un solo paso, si puede, y el país la rechazará, haciéndola caer sola y abandonada en el precipicio donde pensó arrastrar á la patria.

La *Discusión*, el más inofensivo de todos los periódicos republicanos, no ha tenido nada que contestar á nuestro artículo del martes que llevaba por epígrafe «*Filosofía Salmeroniana*», en el cual poníamos de manifiesto las repetidas y flagrantes contradicciones que todos los hombres entendidos y formales reconocen en el Sr. Salmerón, cuyas palabras están en perfecta discordancia con sus obras, y cuyas opiniones como filósofo son una verdadera antítesis de sus actos como ministro y como hombre de Estado.

En cambio quiere darnos lecciones de filosofía, porque hemos dicho que el Sr. Salmerón pertenece á la escuela materialista y escéptica, lo cual sostenemos, pues aunque en otros tiempos y para otros hombres, esas dos escuelas, sectas, aberraciones ó como quiera llamarlas, eran cosas distintas, al menos en la forma, para los filósofos revolucionarios en quienes todo es confusión y anarquía moral, viene á ser en el fondo una misma cosa.

No estamos ahora para discusiones filosóficas, ni ha sido nuestro ánimo ocuparnos de ellas, pero necesitamos todo nuestro tiempo para combatir á la revolución, que trae pertur-

FOLLETIN.

APUNTES DE UN DIARIO ANTIGUO

I.

Iba declinando la apacible tarde de un largo y radiante día de Junio. El parque de Rosarye no había estado nunca más hermoso que en aquella hora, en que los últimos rayos del sol doraban las cimas de los árboles y la luna en su creciente subía como una barquilla de plata por un cielo de purísimo azul. Comenzaba la sombra en los bosques; pero algunos rayos alumbaban todavía el césped y el parque, y con su dulce claridad dejaban ver la hermosura de las flores que se alimentaban con la sombra y el rocío. No se oía más que el ruido de las hojas agitadas por un viento suave, y el armonioso eco de un riachuelo que saltaba jugueteando sobre las rocas. Era este un precioso instante de tranquilidad y de recogimiento interior. ¿Pero quién no sabe que la calma de la naturaleza se halla muy á menudo en oposición con las borrascas del corazón humano, que el sol ve correr las lágrimas, que las estrellas presencia los insonmios, y que la suntuosidad de los parques y de los castillos no basta para hacer felices á sus efímeros poseedores?

Esta verdad, tan común como un adagio, parecía aplicable á los moradores de Rosarye. No eran estos sino dos, padre é hija; el uno se hallaba todavía en el vigor de sus años, y la otra tenía todos los títulos que dan la juventud y la hermosura. El viajero que agobiado de cansancio hubiese pasado por delante de la verja del castillo, al dar una ojeada á los sombríos bosques, al césped con sus canastillos de rosas y rodeado de vinoperevinas, á las altas ventanas del comedor abiertas, y dejando ver en sus puntos luminosos una mesa puesta, unos blancuquitos mante-

les, el esplendor de la vajilla de plata, y dos personas sentadas tranquilamente, acaso hubiera dicho: «¿Cuán felices son esas personas! cuánto estuviera en su lugar!»

Mas si se hubiese acercado habría visto que tanto el padre como la hija estaban de luto y que llevaban el pesar retratado aún más en el semblante que en los vestidos. La esposa y madre había muerto, y una profunda tristeza se notaba en la frente del marido, quien con sus miradas y con su corazón parecía que buscaba la ausente compañera, la mirada que respondía á la suya, el alma donde sus palabras hallaban pronta acogida.

La joven Isabel se hallaba también preocupada, y en su animada y risueña fisonomía se traslucía cierta tristeza, no obstante que el luto de sus vestidos no era rigoroso, pues se hallaba en edad en que se mira más el porvenir que el pasado. Servía con suma atención al padre, pero sin hablarle nada; y éste con un ademán admitía ó rehusaba, sin levantar siquiera los ojos, ni abrir la boca. Parecía que sobre ambos pesaba una grave opresión, como un quintal de plomo. Acabada la comida y habiéndose salido el criado, se levantó Mr. de Caubert y con las manos puestas en la espalda, estuvo dando vueltas por el cuarto con paso lento y monótono, mientras Isabel leía distraídamente un número de un diario que acababan de traer; pero á decir verdad, su mente se hallaba mil leguas distante de lo que sus ojos estaban leyendo. ¿Hacia dónde se encaminaba con tanta velocidad? ¿Pero quién es capaz de explicar el rápido curso de nuestras ideas y los extraños anillos con que una se encadenan á otras? Quizá su imaginación volaba desde los liermos sucesos que habían sobre el sepulcro de su madre hasta los antiguos árboles del jardín, donde últimamente había tenido algunos momentos dichosos, los primeros después que la muerte entró en la casa paterna; quizá, como en un sueño, al lado de la entristecida y severa imagen que en la oscuridad pasaba por delante de ella,

veía algún otro semblante, alguna cabeza erguida y marcial, cuya mirada se llenaba de dulzura cuando se dirigía hacia ella... quizá volviendo á sus anteriores años, recordaba alguna escena de su infancia, que hubiese tenido lugar en el césped ó en el comedor. ¿Quién sabe? No puedo decir más sino que estaba pensativa.

Dejó de pasearse Mr. de Caubert, se sentó, hojeó el periódico y lo soltó, cogiendo maquinalmente el estuche de marfil que Isabel había puesto sobre la mesa, al cual estuvo dando vueltas en la mano; pero fijando la vista, descubrió en este objeto el nombre de Julia, que era el de su esposa, formado con letras de oro; y acordándose de que en otro tiempo lo había adquirido él mismo para que formase parte del ajuar de boda, una lágrima se deslizó por sus párpados. Dominó esta sensación, que la hija no había advertido, y con aparente tranquilidad le dijo: —He reflexionado, Isabel acerca de lo que ayer estuvimos hablando, y puesto que lo deseas, se verificará tu casamiento. Mañana escribiré á mi hermana, rogándole que se venga con el coronel: arreglaremos el contrato, y dentro de seis semanas estarás casada, hija mía.

Isabel se sonrojó y bajó la cabeza, contestando al fin con voz tímida y va llante:

—Le doy á Vd. gracias, padre, porque es Vd. demasiado bondadoso... pero ¡Dios mío! yo veo que usted consiente aunque no aprueba.

—No le he ocultado mi parecer, Isabel, ni mi egoísmo de padre. Ciertamente que he andado entorpecido solo después del fallecimiento de tu desdichada madre, habiendo procurado y aún pensado en otra cosa. Porque, hija mía, no tenía yo la pretensión de condenarte al celibato; pero me parecía que te hubieras podido casar sin apartarte de mí y sin tener quizá que ponerte doscientas leguas de distancia entre ambos. Inútilmente vivía yo equivocado, por que tú cifras tu dicha en otra parte. Al coronel lo conozco solo de nombre, por su posición y por lo

bien que de él me habla mi hermana; y espero que te hará dichosa según tú también lo crees.

—¿Papá es que no está Vd. seguro de ello?

—Isabel, ese hombre es para mí una persona extraña, á quien no conozco ni conoceré, porque se irá contigo al día siguiente de casarse.

—Isabel dió un suspiro y algo turbada dijo:

—¿Y no podría Vd., papá, venirse con nosotros?

—No, hija mía, nunca dejaré esta casa, donde he vivido con tu madre... pero por mí no tengas cuidado.

Levantóse al decir estas palabras, cogió una luz, é inclinándose junto á la hija, le dió un beso en la mejilla, diciéndole:

—Buenas noches, hija, mañana escribiré.

Y salió de la habitación.

Por un momento permaneció inmóvil Isabel; pero á poco se retiró también á su cuarto, porque necesitaba estar sola. Al pasar muy de quedo por delante de la habitación de Mr. de Caubert, le oyó dar vueltas con cierto paso triste y regular, que ella conocía muy bien, porque desde que había envidiado, invertía parte de las noches en pasearse de aquel modo: le pareció que le había oído dar un profundo suspiro, y turbada y conmovida se encerró en su cuarto.

II.

Ya estaban satisfechos los deseos de Isabel. Hacía cinco meses que en casa de su tía se encontró con un hombre de cualidades y defectos propios para exaltar una imaginación viva y un corazón sensible. Jóven todavía, resuelto y distinguido, inteligente y esforzado, el coronel de quien había oído hablar á su padre, se había señalado entre muchos militares de valor en las campañas de Africa, en Alma y en Sebastopol; su rostro estaba lleno de nobles cicatrices, y cubierto su pecho con una constelación de cruces y medallas; tenía á la vista un porvenir rápido y magnífico, á no ser que una bala cortara su carrera; y tanto los peligros por que había

pasado, como los que tenía que arrostrar, lo rodeaban con cierta aureola á la vez brillante y melancólica. Apasionado mucho de Isabel, y no ocultó á la tía los sentimientos que le inspiraba. Exaltada la tía, á pesar de sus cuarenta años, y muy accesible á ideas románticas, protegió la novela que había empezado en su casa, encendiendo en la imaginación de la sobrina esa incesante preocupación, esa idea fija que comunemente se forma acerca del amor. Quizá también iba mezclado en esto algo de ambición, porque el coronel hubiera podido grabar en su blason militar el mote de Fouquet. ¿A dónde no subire? y animado con el elocuente silencio de la joven y con la amistad algo exagerada de la tía, presentó su petición á monsieur de Caubert, estando ya para ser complacido por dominar la voluntad de la hija ó la del padre.

Hallábase Isabel con la imaginación muy exaltada sintiéndose en aquel instante mucho más alterada que alegre. Hubiera querido hablar, andar, correr, distraer, en fin, con algún ímpetu físico el desorden de su alma; y sin saber qué hacer, por un cierto horror á la calma y al silencio, se puso en su mesa y con agitada mano escribió la siguiente carta:

Querida tía: Mi padre ha consentido: mañana va á escribirle á usted rogándole que venga á hacerme una visita, acompañada del coronel. Confío en que si lo hará usted y no me dejara sola en momentos en que me es muy necesaria, pues tengo millares de cosas que decirle. Aun no hace una hora creí que mi papá no consentiría, según el modo como me habló de este casamiento, que me arrancaría de mi patria y de mi familia para entregarme á un extraño, que es como llama al coronel. Yo estaba triste, le alegué algunos motivos, y sin atenderme á descubrirle todo mi corazón (pues usted sabe, tía, que papá es muy grave y que me impone respeto), le confesé que esperaba ser feliz al lado de Ernesto.

Entonces ya es otra cosa, me contestó; he creído que pensabas como yo; que la idea de separarnos no había entrado en tu mente. Lo pensaré.

(Se continuará.)

bada la sociedad, y que ha puesto en peligro los más altos intereses de la patria y herido con mano alva los nobles y piadosos sentimientos de este pueblo eminentemente católico; pero ya se presentará oportunamente de complacer al colega federal, poniendo en el crisol de una discusión científica, metódica y templada el falso oropel con que ciertos ideólogos pretenden encubrir la lepra de sus teorías disolventes, de sus irreales utopías y aberraciones, y lo que valen, lo que significan y a lo que conducen sus filosofías.

Coincide con nosotros la prensa monárquica y algunos periódicos conservadores revolucionarios como *La Iberia*, en que la crisis actual no afecta sólo al ministerio, sino a la existencia de la república, que ha venido a crear un general conflicto, una perturbación inmensa y una verdadera crisis, para el principio de autoridad, para la Nación, para el ejército, para la Asamblea, para todas las clases de la sociedad y para todos los intereses del país, como lo decimos más extensamente en uno de nuestros artículos de hoy.

Nos felicitamos de que vaya formándose una opinión unánime para apreciar los funestos efectos de la revolución de Septiembre, y de que el patriotismo se sobreponga a los intereses de partido y a la vanidad personal, reconociendo errores pasados en que todos han incurrido en mayor o menor escala, porque de este modo, puede aún acariciarse la grata esperanza de salvar la patria por un esfuerzo común y de asegurar el imperio de la ley, sobre la base del derecho, de la moral católica, de la legitimidad y de la justicia.

La crisis actual es endémica y suprema: está en la atmósfera revolucionaria, que es preciso purificar a toda costa, porque no queda otro trance de salud ni otro medio de salvación.

Dice que mañana aparecerá en la *Gaceta* la orden para abrir el pago de la mensualidad de Agosto último a los empleados activos.

Parece que las clases pasivas no cobrarán hasta que se resuelva acerca de si tiene o no efecto retroactivo la disposición reduciendo a 16,000 rs. el máximo de las jubilaciones y cesantías.

Si a todos, los cesantes, jubilados, viudas y pensionistas alcanzara la disposición que se trata de aclarar, comprenderíamos perfectamente la medida adoptada por el Gobierno; mas no hallamos razón ni motivo alguno fundado para detener el pago de sus haberes a los individuos de clases pasivas cuyo haber no llega a 4,000 pesetas anuales, y que por lo mismo que es más exiguo que el de los reclamantes no pueden esperar para su cobro sin desatender sus más precisas necesidades.

El señor ministro de Hacienda no debía desconocer esta verdad y disponer que se satisficiera a los pensionistas de menos de 16,000 reales sin esperar a lo que resuelvan las Cortes respecto a los que tienen la fortuna de haber disfrutado mayor sueldo.

Esto es lo que aconseja la justicia y la equidad.

De todas las crisis ministeriales que han ocurrido desde la revolución, la presente es sin duda de las más laboriosas, y ofrece una singularidad que la distingue de las mil y una que hemos presenciado. Una vez planteada, la dificultad ha estado siempre en su solución y han pasado algunos días sin que los ministros dimisionarios hayan sido sustituidos. La crisis actual, planteada en el secreto del Gabinete, se recata de presentarse en público y aguarda para dar la cara a lo que sea un hecho la aprobación de la proposición que la motiva. Entre tanto, sin haber recibido encargo ninguno de la Asamblea, contando anticipadamente con su aquiescencia, el Sr. Castelar se ocupa en formar el ministerio que ha de reemplazar al que preside el Sr. Salmerón.

No hay soberano más bonachón ni más sufrido que el pueblo. Desde que, sin él solicitarlo ni quererle le encasquetaron la corona, nadie ha hecho caso de lo que se llama *Representación Nacional* y se resuelven las cuestiones más graves entre media docena de amigos. El estro popular es un pedazo de caña vestido de matizadas flores.

La votación de ayer acerca de la enmienda del Sr. Navarrete, ha estado a punto de dar al traste con todas las combinaciones ministeriales del Sr. Castelar, pues la diferencia, ha sido de solo cuatro votos y son más de este número los diputados que han emitido el suyo contra la enmienda obedeciendo a los reiterados ruegos de sus amigos. El voto particular del Sr. Olave fue desechado por tres votos. Es de presumir que la proposición obtenga cinco de mayoría, siguiendo la escala ascendente y gradual que viene observándose en la votación.

Con una mayoría tan compacta y numerosa, no es difícil predecir la longevidad ministerial del Sr. Castelar.

El mensaje del Sr. Salmerón a las Cortes está concebido, poco más o menos, en los siguientes términos:

«No creyéndome en las presentes circunstancias con la suficiente representación para atender a las numerosas exigencias de la opinión, resigno en la Cámara el cargo de presidente del poder ejecutivo.»

Este mensaje no ha sido leído en el Congreso, defraudándose las esperanzas y consumiéndose la paciencia de los espectadores, que llevan tres días de aguardar en balde la sanción oficial de la crisis en varios consejos planteados.

Todo ha quedado suspendido hasta la sesión de hoy, en la que se votará el dictamen de la comisión de guerra y el resultado servirá de clave a la solución que ha de darse a la crisis.

El Sr. Castelar ha querido reunir la mayor suma posible de voluntades, y, después de conferenciar con los Sres. Pi, Tutan y Cala, que le han dado muy pocas muestras de benevolencia, ha tomado la resolución de reunir hoy a las diez en sesión privada a todos los diputados para exponerles la situación y el programa que se propone seguir.

Mala manera es esta de inaugurar un Gobierno y una política. La consulta acusa la falta de confianza que el Sr. Castelar tiene en sus propias fuerzas, y hace presentir que, si llega a formar Gobierno, tendremos las mismas ó mayores vacilaciones que hasta ahora. Un mi-

nisterio que principia por pedir alianzas y conminaciones, nace muerto.

Todavía hay quien crea, y no sin fundamento, que lo de la crisis, a pesar de sus trazas de formalidad, quedará en pura broma.

«Atravesamos, dice *La Epoca*, un período tal, de tan variadas y múltiples perspectivas, que no es extraño que la crisis tenga más mutaciones que una comedia de magia. Ya son pocos los que aseguran que la salida de Salmerón sea una cosa indudable; sosteniendo los más lo contrario. A este último parecer nos inclinamos, si juzgásemos por las apariencias, pues la votación de ayer respecto al voto particular del Sr. Olave, y la de hoy respecto al Sr. Navarrete, implican una derrota moral, que el Sr. Salmerón debió tener en cuenta.

Dice a última hora que el Sr. Salmerón no abandonará sus opiniones acerca de la pena capital; si la mayoría acepta la aplicación de la pena de muerte se acomodará a su fallo como medida transitoria, teniendo en cuenta que antes está la patria que sus ideas. Algo debe haber de verdad en esto, puesto que uno de los individuos del Gabinete, el señor Carvajal, ha sostenido esta misma tarde este principio, como verán nuestros lectores por el extracto de la sesión.

Nosotros nada podemos argüir; el público calculará la situación del presidente del Consejo.

Lo único cierto, es que la crisis no se resuelve hoy ni lleva camino de resolverse esta noche.

Los arcanos de la filosofía racionalista son inescrutables.

Dice un colega:

«El general González trata de despedirse disparando flechas envenenadas a usanza de los Partios. Según se dice, ha mandado formar consejo de guerra a los oficiales de Béjar que se han presentado al Sr. Salmerón para entregarle la exposición en que protestan contra las ofensas que les infligiera el general Hidalgo.

Cuéntase que el desesperado ministro quiere que se le aplique un artículo de la Ordenanza por el cual serían condenados a presidio dichos oficiales. Ya será algo menos.»

Buen chasco ha dado el Sr. González a sus admiradores!

Las cartas llegadas de Cartagena traen la nueva, que ya el telégrafo nos había comunicado, de que las fragatas *Almansa* y *Vitoria* habían salido de aquel puerto el día 1.º acompañadas por cinco buques ingleses, y sin que los fuertes y castillos opusieran en definitiva resistencia ni dificultad alguna.

En Escombreras se llegó a temer que el Gobierno cantonal no permitiera la salida de los buques apresados, y el pacífico vecindario, ante la perspectiva de un bombardeo, abandonó la población, volviendo una vez convencido de que que al fin semejante conflicto se hallaba conjurado.

Poco que después de hacerse a la mar las fragatas, también empezó a moverse la *Numancia* con rumbo a Levante.

Igualmente salió de Cartagena, pero en dirección a Poniente, el *Fernando el Católico*. Se supone que van en busca de víveres, y se sabe que lleva gran cantidad de monedas de dos pesetas de las fabricadas con la plata del Sr. Figueroa.

Dicho se está que si los insurrectos consiguen hacerse con provisiones, su defensa ha de prolongarse más tiempo del que se esperaba, por más que la *Almansa* y la *Vitoria*, una vez en libertad, vayan a bloquear y bombardear a Cartagena.

En la noche del 1 al 2 se hicieron desde la ciudad numerosos disparos de cañón y no pocas descargas de fusilería.

El objeto de los sitiados era el de molestar y no dejar avanzar a las fuerzas del general Martínez Campos, que todas las noches alarman y quitan el sueño a los insurrectos, no dejándoles descansar un momento.

Los voluntarios valencianos, de quienes días pasados se dijo habían huido en número de 50, se sabe ya que habían caído en poder de las tropas leales.

La devolución de la *Numancia* y la *Almansa* va picando en historia. Cuando ya se creía que era cosa acordada y resuelta, dice *El Diario Español* que ayer recibió el Gobierno un telegrama, participándole que los almirantes de las fragatas de guerra inglesas que han ido custodiando a Gibraltar las fragatas españolas, han recibido orden de su Gobierno de no entregarlas hasta recibir nuevas instrucciones.

A ser esto cierto, el asunto va tomando el carácter de la tela de Penélope.

Las condiciones con que se dice que el señor Castelar aceptará la formación del ministerio, son las siguientes:

Suspensión de sesiones hasta 1.º de Diciembre, poder valerse de todos los elementos liberales que se presten a ayudarle en la lucha contra el carlismo, poner en vigor por completo la Ordenanza hasta que termine la guerra, suspensión de garantías en el momento en que sea necesario, facultad de separar los Ayuntamientos y Diputaciones que no ofrezcan garantías de orden, facultades amplias para adquirir recursos con destino a la guerra, y declararse la Cámara en sesión permanente hasta votar las leyes más urgentes.

Estas bases serán presentadas por medio de una proposición.

El nuevo ministerio, según *La Correspondencia*, parece muy probable que se compondrá de los señores

Castelar, presidente sin cartera.
Canalejas, Estado.
Gil Berges, Gracia y Justicia.
Carvajal, Hacienda.
Maisonave, Gobernación.
Sanchez B. egua, Guerra.
Oreyro, Marina.
Pedregal, Fomento.
Solér y Plá, Ultramar.

Se han abstenido de votar en el voto particular del Sr. Navarrete, ausentándose del salón, los Sres. Pi Margall, Tutan, Ladiso, Suñer, Sorni y otros republicanos.

Sin embargo, añade *La Epoca*, ha votado en contra el general Nouvilas, que, según vemos, ha quebrantado su propósito de retirarse de la Cámara, y de despojarse, como dijo en una sesión, de su faja de general. Esta nueva actitud acaso obedezca a un exceso de patriotismo, vista la necesidad que tiene la Nación de generales amantes de la disciplina y enemigos de las sediciones.

Parece, dice *El Diario Español*, que la formación de la sumaria a los oficiales de Béjar

reconoce dos motivos, según aseguraban ayer algunos militares de alta graduación. La primera el haberse presentado con maneras algo duras, y la segunda el no haber sido dirigida la instancia por el conducto reglamentario.

Se ha asegurado a última hora que parte de los oficiales que se presentaron ayer al poder ejecutivo a exponer sus deseos de que se restablezca la ordenanza han sido conducidos esta mañana a las prisiones de San Francisco.

El Sr. Castelar antes de resolverse a formar ministerio quiere hacer un discurso-programa ante todas las fracciones de la Cámara.

Para explicar su programa de Gobierno y solicitar el concurso de las citadas fracciones ha convocado a todas a una reunión secreta como en otro lugar decimos, la cual tendrá lugar hoy a las diez en el palacio del Senado.

Hemos oído que el joven capitán de Béjar, Sr. Miret, designado por la suerte para celebrar una conferencia con el Sr. Hidalgo, en nombre de sus compañeros de armas, se encuentra gravemente enfermo desde ayer a consecuencia de un violento ataque cerebral.

Hay nombres fatídicos.

A propósito del Sr. Hidalgo, hemos oído decir también que ha manifestado a las personas que, con intención de venir a un arreglo amistoso acerca del lamentable suceso con la oficialidad se presentaron en su casa, que nada quería oír sobre este asunto, porque no tenía que explicar nada, ni entenderse con sus inferiores en gerarquía militar.

El Correo Militar publicó anoche la siguiente protesta de la oficialidad de Béjar, contra las ofensas del ex-capitán general de este distrito militar D. Baltasar Hidalgo de Quintana:

«Señor Director de *El Correo Militar*.

Muy señor nuestro: Los jefes y oficiales que suscriben, pertenecientes al batallón cazadores de Béjar, tienen el honor, por conducto de su apreciable periódico, defensor de los intereses del ejército, de dirigir a V. a sus compañeros de armas y al país para manifestarles que interin elevan sus quejas por el conducto legal hasta el primer magistrado de la Nación en demanda de justa reparación a su honor, impune e injustamente ofendido por el capitán general de este distrito D. Baltasar Hidalgo de Quintana, protestan solemnemente de todas y cada una de las palabras ofensivas que aquel dirigió a la mayoría de los oficiales, conculcando los más sagrados principios del derecho y la justicia, cuyas frases le devolvemos letra por letra y palabra por palabra.

Madrid 1.º de Setiembre de 1873.—Siguen las firmas».

A continuación publica también el mencionado colega con un «Se continuará» al final, una extensa lista de jefes y oficiales de todas las armas que se han adherido a la anterior protesta, llenando con sus nombres más de dos columnas de *El Correo Militar*.

Los diarios de París continúan ocupándose de la Constitución definitiva de la Nación bajo una forma de Gobierno, nueva.

Los periódicos legitimistas tanto los antiguos como los nuevos, dicen que solo el restablecimiento de la monarquía puede dar estabilidad a las instituciones, Gobierno fuerte al país, que sea respetado y le ponga al abrigo de las revoluciones.

Algunos días los han entablado polémicas interesantes sobre este asunto, entre ellos el *Journal de Paris* y el *Temps*. Sostiene el primero que la Asamblea actual teniendo la misión de salvar a Francia, y no pudiendo salvarla más que la monarquía, debe proclamarla aunque no obtenga más que un voto de mayoría. A esto contesta el *Temps* que la monarquía es incompatible con el sufragio universal; que no puede restablecerse sino por medio de una revolución; y que esta institución compromete a las generaciones futuras.

La *Liberté* toma cartas en el asunto y después de combatir las aseveraciones del *Journal de Paris* y el *Temps* termina diciendo que el mejor Gobierno para Francia es el que existe en la actualidad.

No estamos conformes con el colega parisien.

Como los radicales franceses, dice el *Ordre*, no han logrado su objeto en las tentativas de agitación que han hecho en las sesiones de las Diputaciones provinciales, están decididos a continuar su propaganda, y van a empezar una ruda campaña contra la existencia de la Asamblea.

Sin contar con las firmas que ya han recogido, dicen estos caballeros, que reunirán en estos dos meses un millón y quinientos mil más para pedir la disolución de la Asamblea.

Con este objeto el comité de París ha votado unos veinte mil francos, para atender a los gastos de la remesa de fórmulas, circulares y otros impresos de que tratan de inundar los departamentos.

Publica el *Times* un telegrama de París del 29 de Agosto último, anunciando que corrian voces de que el partido conservador monárquico se proponía nombrar una comisión de su seno encargada de examinar los proyectos de ley presentados por el Gobierno, con el objeto de indicar las modificaciones necesarias para ponerlos en armonía con las miras del partido conservador.

El resultado de este examen se someterá a la mayoría cuando la Cámara se reúna, a fin de que pueda discutirse en las reuniones particulares de la misma mayoría antes de que empiece la discusión de estos proyectos en la Asamblea.

El *Observer* de Londres del 31 del pasado, dice que son prematuros los rumores de modificaciones en el ministerio. A juicio del colega no habrá ningún cambio hasta el próximo consejo de ministros que no se verificará hasta fines del mes actual. Si se retira, M. Monrell añade, lord Hartington se encargará de la dirección general de los Correos, y M. Foster será nombrado primer secretario de Irlanda.

Como dijimos poco há, la asociación internacional de trabajadores va a celebrar un congreso en Ginebra. Simultáneamente se reunirá también en la misma ciudad los individuos de la *Liga de la paz y de la libertad* a la cual pertenece un gran número de diputados de la izquierda radical francesa, y cuyo programa es

el establecimiento de los Estados Unidos de Europa.

Ya procuraremos tener al corriente a nuestros lectores de las discusiones de este Congreso, reservándonos examinar cuantas locuras puedan exponerse en el curso de los debates.

La *Opinione* de Roma desmiente la noticia de que el Señor Calorna tenga el propósito de renunciar la embajada de Londres, añadiendo que el Señor Cadorna regresará a la capital de Inglaterra tan luego como termine la licencia que está disfrutando.

Otro diario de Roma, la *Italia*, declara que no tiene fundamento el rumor que había circulado referente a que Francia trataba actualmente de fortificar la entrada del Norte del túnel del Mont Cenis.

Dice el *Ordre*, sin responder de la exactitud de sus noticias, que el aumento de actividad en los armamentos de Alemania ha motivado ya un cambio de notas entre San Petersburgo y Berlín.

Añade que la entrevista entre el Rey de Italia y el Emperador Guillermo se confirma, indicándose que se verificará en Baden.

El *Paris-Journal* cree saber que el 28 del pasado, se hicieron varios arrestos en la sala de sesiones del Consejo general de Lyon, sin manifestar, sin embargo, la causa que los ha motivado.

El obispo de Falda ha sido condenado a 400 thalers de multa por haber procedido al nombramiento de eclesiásticos sin la aprobación de la autoridad civil.

Sigue adelante como se ve, la guerra a la Iglesia católica, que defiende su doctrina y sus inmunidades con el valor que ha mostrado siempre.

Reprodujimos ayer, dejando la responsabilidad de la noticia al *Daily Telegraph*, un despacho anunciando una sublevación en Khiva contra los rusos, y la destrucción de esta ciudad.

Otro telegrama posterior de San Petersburgo, del 30 del pasado, viene hasta cierto punto a darnos la clave de lo que ha servido de base al *Daily Telegraph* para lanzar aquella noticia de efecto.

El general Kauffman, dice el despacho citado, da parte de que los Youmoudes se negaron a pagar el tributo y atacaron por dos veces a las tropas rusas enviadas para cobrarlo. Las tropas sufrieron pérdidas considerables, y los Youmoudes huyeron en seguida al desierto. Cuando el general Kauffman regresó de su visita de inspección, la mayor parte de los Youmoudes habían vuelto del desierto y empezaron a pagar el tributo sin resistencia. Las pérdidas de los rusos consistieron en dos oficiales y ocho soldados muertos, y cuatro oficiales y 38 soldados heridos.

Como se ve por el anterior relato, el *Daily Telegraph* merece un premio por el gran esfuerzo de imaginación que ha hecho para dar gran importancia a la noticia.

El Gobierno otomano ha declarado que la Bolsa es propiedad del Estado, colocándola bajo la dependencia del ministro de Hacienda. Un comisario del Gobierno asistirá a las deliberaciones del comité que se ha nombrado para redactar los nuevos estatutos.

Con fecha 29 del pasado han dirigido de Viena al *Morning-Post* un despacho diciéndole que la *Gaceta* de la Bolsa de San Petersburgo publica noticias recibidas de Kasalinsk anunciando que sorprendidos 2,000 esclavos liberados en su viaje de Khiva a Persia por un cuerpo de tropas turcomanas de Zipka, fueron asesinados gran número de ellos.

El *Messenger de Paris* asegura, fundándose en datos fidedignos, que la causa del mariscal Bazaine se verá en Trianon.

El *Francais* dice que los diputados que se hallan en Versalles, en sus conversaciones sobre el estado de los departamentos y en especial sobre las últimas sesiones de los Consejos generales, han hecho la observación de que en los Consejos generales el partido conservador se muestra hoy más firme y más unido que nunca.

Asegura un periódico francés, como cosa indudable, que el mariscal Canobert se encargará del mando del ejército de París. Entre los generales de división que consideraba seguro que se le conferiría algún mando cita a Letellier-Valaze, Espivent de la Villeboisnet, Lartigue y Garnier.

El Arzobispo de París, monseñor Guibert, ha dirigido al clero y a los fieles de su diócesis un mandamiento relativo a la construcción de la iglesia que ha de erigirse en la colina de Montmartre. Ya se recordará que cuando se discutía la ley que declara este monumento de utilidad pública, la Asamblea nacional se negó a darle una advocación particular. El art. 1.º en su redacción primitiva, especificaba que esa iglesia sería construida «en honor del Sagrado Corazón de Jesús para invocar sobre la Francia, y especialmente sobre la capital, la misericordia y la protección divina.» Pero esta expresión, apoyada con calor por M. de Belcastel, quedó suprimida, así como la indicación que a ella seguía, y la ley nada dice ni sobre el destino ni sobre la advocación de la iglesia.

Monseñor Guibert, siguiendo la inspiración que dió origen a ese proyecto, declara ahora en su mandamiento que la nueva iglesia será dedicada al Sagrado Corazón de Jesús, a fin, añade, «de que por un gran acto de piedad adjueramos de las doctrinas de impiedad que extirpamos a nuestros padres a fines del siglo último, y que han traído sobre nosotros tantas desgracias».

La nueva iglesia será por lo tanto un monumento expiatorio de las impiedades de la revolución francesa.

CUESTION ARTILLERA

Hé aquí el relato que hace *El Correo Militar* de anoche, de la conferencia celebrada el

día anterior entre el Sr. Salmerón y una comisión de la junta directiva del disuelto cuerpo de artillería, relación que creemos bastante exacta según las noticias que acerca del particular han llegado hasta nosotros.

El Correo Militar dice así:

«A las nueve de la mañana de ayer, y por invitación del presidente del poder ejecutivo, se celebró una larga conferencia entre este y una comisión nombrada por la junta directiva del disuelto cuerpo de artillería.

Nada pensamos decir acerca de esta conferencia; pero puesto que *El Diario Español* se ocupa de ella, nos creemos en la obligación de referir exactamente, pues honra tanto al antiguo cuerpo de artillería como al Sr. Salmerón.

Companion la comisión el ex-coronel Quintana, el ex-comandante Vega y el ex-capitán Fuentes, los cuales fueron recibidos con excesiva finura por el presidente del poder ejecutivo, el que les manifestó haber provocado aquella conferencia por mediación del Sr. Vidart para conocer a fondo la llamada cuestión artillera y para que se le manifestasen las condiciones con que el cuerpo volvería inmediatamente a las filas.

Después de presentarle la cuestión en su verdadero terreno, completamente ajena a la política, se le manifestaron los dos condiciones relativas a la personalidad de D. Baltasar Hidalgo y a la reorganización del cuerpo, a las cuales las circunstancias hacían preciso añadir una tercera, no para dificultar el arreglo, sino que un deber de compañerismo hacia el resto del ejército, que tantas pruebas de cariño había dado a los oficiales dimisionarios, les obligaba a hacer suya la llamada cuestión de los oficiales de reemplazo y a no volver al servicio mientras la Ordenanza no se cumpliera en todas sus partes, castigando severamente a los militares que habían roto la disciplina.

Sobre los tres puntos se abrió amplia discusión, resultando, si no un perfecto acuerdo, una cordial inteligencia entre el Sr. Salmerón y la junta directiva del disuelto cuerpo.

Sobre la primera condición hubo completa conformidad, porque la *Gaceta* de ayer la daba resuelta.

Respecto de la segunda, el Sr. Salmerón exigía el ingreso en el arma de artillería por oposición, y fue grande su sorpresa cuando en vez de combatirse se le manifestó que desde hace mucho tiempo era el lema constante del cuerpo, pudiendo citarle, entre muchos, los nombres del sabio brigadier Odriozola que, procedente del profesorado, ingresó previo examen en la escuela facultativa, así como el coronel Montoro, que procedía de la clase de soldado y falleció de director de la fábrica de Trubia, y en tiempos más próximos multitud de alumnos de caminos, minas y otras escuelas habían ganado y simultáneamente años de estudio que les permitía concluir la carrera en brevísimo plazo, como el distinguido ingeniero industrial D. Miguel Bonet y Barberá, que en 1872 había sido promovido al empleo de teniente de artillería, habiendo probado todas las asignaturas de la Academia en once meses. La escala práctica fue también discutida brevemente, puesto que tal vez no sea como el del Sr. Salmerón, que comprende que es una necesidad poseer ciertos conocimientos para ser oficial de artillería, y que la Academia de Segovia está abierta a todo el mundo, no era preciso hacer muchos argumentos para que alcanzase lo absurdo de la tal escala, máxime cuando el disuelto cuerpo no rechazaba a los sargentos ascendidos por el general Górdova y jamás ha pretendido que esa masa de oficiales creados de una plumada, caga sobre las armas españolas.

Tampoco se mostró el Sr. Salmerón muy lejano de la tercera condición, si bien con notable lealtad demostró la lucha que sostenía su alma entre la pena de muerte y sus ideas filosóficas. Dijo que había estudiado detenidamente la Ordenanza y que todo lo encontraba bien, excepto a aquella pena impuesta jurídicamente, aunque comprendía que en ciertos momentos y que en determinadas circunstancias era necesaria su inmediata aplicación. Todos sus argumentos se los fue rebatiendo uno por uno la comisión, haciéndole ver la razón que asistía a los oficiales de reemplazo al pedir el cumplimiento de la ley, pues sin la subordinación no hay ejército posible, y el deber ineludible en que se veía el disuelto cuerpo de artillería hacer suya aquella cuestión sacricando, si era preciso, otra vez sus carreras en favor de las legítimas pretensiones de las armas generales.

La conferencia terminó prometiendo el Sr. Salmerón que estudiaría detenidamente el asunto, y que esperaba que el decreto que él había concebido satisficiera los deseos del antiguo cuerpo de artillería, sin abdicación alguna por parte del Gobierno.

No sabemos cuál será aquel decreto, pues el señor Salmerón guardó sobre este punto una absoluta reserva, mostrándonos, sin embargo, muy satisfecho de haber provocado aquella conferencia, que le había permitido comprender con toda claridad la cuestión artillera.

CARTAGENA

El Diario Español publica las siguientes correspondencias de aquella localidad:

«Setiembre 2.
Muy señor mío: No puedo añadir a Vd. mucho después de escribir mi anterior; pero para que los lectores de *El Diario* no escaseen de noticias, voy a poner a Vd. unas líneas.

Las tropas del campamento avanzan lo que quieren, y se meten frecuentemente bajo el fuego de las baterías, logrando producir entre los sitiados la alarma consiguiente, y mofándose de ellos y de sus continuas y necias bravatas.

Sigue el general sin adelantar gran cosa en la realización de sus planes, y contando ya con unos 4,000 hombres. Comprende muy bien que su gente no le basta a cubrir la extensa línea que debiera llenar; pero hombre arrojado como pocos, va a empezar con esa fuerza el bloqueo al puerto, que está en comunicación con nuestra marina, que es hoy la que retarda la conclusión de todo.

Una comisión del gobierno bufo de Cartagena, salió hace tres ó cuatro días a conferenciar con el almirante inglés que representa en Escombreras a toda la marina extranjera; este los anunció que con arreglo a las instrucciones que tenía, el primer día del mes llevaría a Gibraltar las fragatas *Vitória* y *Almansa*, a cuya indicación creo se le contestó con una fanfarria.

Con efecto, se anunció para ese día un bombardeo a los buques extranjeros, y no obstante, salió el almirante inglés a las doce del día con tres buques, escoltando nuestras fragatas en las que también ondeaba el pabellón de la Bretaña.

Los barcos separatistas, llenos de presidiarios, presenciaron de lejos la salida, pero hubieron de contentarse con señalarse por el ridículo más soberano.

Dentro de la población, va cundiendo el desaliento y cundiendo también las deserciones. Han comido naturalmente muchísimo de lo que almacenan, y esto no puede halagar a los defensores del cantón, que como hombres sin idea política se desaniman al convencerse de que, después de todo, no son ellos los llamados a sacar algo.

Las disensiones entre grupos y hasta personalidades, se van notando ya, y no hace mucho *Tonete* Galvez tuvo a bien prender a Contreras y a la junta por no sé qué indicios de traición; pero parece que ya están avenidos y que los presos recobraron en seguida la libertad.

El gobernador de cada fuerte se ha constituido también en autoridad independiente, y puedo asegurar a Vd. que, como esperamos sucediese, son ya infinitos los *carbones* que hay dentro de Cartagena, donde nadie se entiende.

Se sigue con la incautación de almacenes, entre los que ha tocado el turno al magnífico establecimiento de bisutería del conde prusiano, Sr. Spolner, y a las existencias con que contaban varias sociedades extranjeras.

Campamento frente a Cartagena. 3 de Setiembre. Antes de ayer tuvo lugar la salida de la fragata de Escombreras. Sin novedad. Sucedió lo del que se habló en el chero. Hubo junta magna en Cartagena: decidieron «no complicar los asuntos provocando un conflicto entre la nación cartagenera y la inglesa», siendo preferible salir a copar a Martiner Campos. El orden de marcha de la escuadra fue: la *Vitoria* entre dos extranjeras, después la *Almansa* del mismo modo, cerrando la marcha la capitana inglesa, ro-

